

# Los Contemporáneos

## LA GATA EMBOTELLADA

520

NOVELA

ORIGINAL

DE

JOSÉ ORTEGA MUNILLA

Número extraordinario

10 Cents

Ayuntamiento de Madrid





# PIANOS

**AUTOPIANOS y HARMONIUMS** de las mejores marcas, al contado y a plazos. Unica casa en PIANOS de verdadera ocasión, garantizados, desde 70 duros. Alquileres desde 10 pesetas. Afinaciones y reparaciones.—**CASA ALONSO** Fundada en 1865 **22, Valverde, 22.** Teléfono 5.400.

## Una cosa rara de la indigestión

Una cosa rara de la indigestión y de la cual pocos están enterados, es que en noventa por ciento de los casos el dolor de estómago después de las comidas es debido a la fermentación de los alimentos y a la acidez; y esto, como cualquier médico o farmacéutico os dirá, se remedia casi instantáneamente tomando media cucharadita de **Magnesia Bisurada pura** (en polvo) en un poco de agua caliente inmediatamente después de comer, o cuando quiera que se sienta dolor. La **Magnesia Bisurada pura** puede adquirirse en cualquier farmacia, en una botella de vidrio azul, al precio de pts. 3.50; y si todos adoptásemos este simple método, pronto sería desconocida la dispepsia, estómagos agrios, gases y flatulencia.

## Fábrica de corbatas

Camisas, guantes, - - -

- - - géneros de punto.

Elegancia, surtido y economía.

Precio fijo. 12, CAPELLANES, 12. Precio fijo

## UNA SEÑORA

ofrece comunicar gratuitamente a todos los que sufren de: neurastenia, debilidad general, vértigos, reuma, estómago, diabetes, tisis, asma, neuralgias y enfermedades nerviosas, un remedio sencillo, verdadera maravilla curativa, de resultados sorprendentes, que una casualidad le hizo conocer.—Curada personalmente, así como numerosos enfermos, después de usar en vano todos los medicamentos preconizados, hoy, en reconocimiento eterno y como deber de conciencia, hace esta indicación, cuyo propósito puramente humanitario, es la consecuencia de un voto.—Dirigirse únicamente por escrito a D.<sup>a</sup> Carmen García, Salmerón, 167.—Barcelona.



Un enjambre de novios tiene Para desde que usa productos PECA CURA.

Triste y sola se encuentra la de Rodvros por usar otra crema y otros polvos.

Jabón, 1,40; Crema, 2,10; Polvos color moreno (siete matices) rosa o blanco, 2,20; Agua Cutánea, 5,50; Agua de Colonia, 3,25, 5, 8 y 14 ptas., según frasco.

PEDID las lociones y esencias para el perfume serie "Ideal", perfumes: ADMIRABLE, Rosa de Jericó, CHIPRE, Ginesta, Rosa, Mental, MIMOSA, Rocio Flor, ACACIA, Vértigo, VIOLETA, Clavel, JAZMIN, Muguet, SIN IGUAL por su finura, intensidad y persistencia. Esencias, 16 pesetas estuche; lociones 4 y 5 pesetas, según frasco. Últimas creaciones de

CORTÉS HERMANOS.—BARCELONA



DIRECTOR: AUGUSTO MARTINEZ OLMEDILLA

## LA GATA EMBOTELLADA

I

### LLUEVEN CABLEGRAMAS

El día 11 de Octubre de 19... hallándome yo en Barcelona, en mi despacho de la Rambla de Cataluña, ocupado en los trabajos que me eran habituales, de agente de la Compañía Internacional de Negocios, la "Anglo-Indiana Asociación", recibí un cablegrama de Singapoore que decía:

"Salen para Barcelona mi mujer y dos de mis hijas en el vapor *Freduny*, de la "Washington Victoria".—Ruégole que las atienda.—*Rioj*."

No recordaba yo quién era el firmante del cablegrama, y cuando comenzaba a registrar mi diccionario de corresponsales de antiguos negocios, y de la sociedad que entonces representaba en España, Portugal y Norte de Marruecos, llegó otro cable, fechado también en Singapoore, cuyo texto es el que copio:

"Confirmo despacho anterior. En el Centro Universal de la Banca tiene a su disposición diez mil libras, a su

firma, para que atienda a la recepción de mi mujer y de mis dos hijas. Prepáreles alojamiento digno de ellas. Ruégole acuse la llegada de mis despachos.—*Rioj*."

Esta segunda comunicación interoceánica, y la considerable suma que a mi orden se entregaba, excitaron mis nervios. Apresuréme a revisar el libro que ante mí se hallaba abierto.

En la letra R hallé esta línea:

"*Rioj*, (*Idriam*).—Banquero en Singapoore y en Delhore. Envía maderas, barnices, esencias de perfumería, plumas y marfil."

En las otras designaciones de mi guía, debajo de la indicación nominal, se apuntaban las cifras de los envíos, la importancia del negocio y la condición del corresponsal. En este faltaban esos detalles. No tenía yo, pues, indicios suficientes para saber quién era el *Rioj* firmante. Acudí al Centro Universal de la Banca, y dirigién-



dome al jefe de aquel potentísimo establecimiento, el más fuerte de la Europa meridional, supe que, en efecto, habían llegado allí poco antes de mi visita, cablegramas de Nueva York por los que se acreditaba a mi firma la disponibilidad de 10.000 libras, que podía cobrar en el acto.

Expliqué el motivo de mi pregunta y me negué a usar del crédito, mientras no fuera necesario. Lo que sí hice fué preguntar al jefe de la Gran Banca, si sabía algo de *IDRIAM RIOJ*. Me contestó el interrogado que se trataba de un poderoso negociante de la India inglesa, que tenía depositadas en Bancos de Barcelona, Londres y Gibraltar cantidades considerables. El no sabía más, o no quiso decírmelo.

Regresé a mi despacho, y en la antesala del edificio en que estaba instalado hallé a un pobre astroto, al que conocía por haberme él pedido limosna varias veces, alargando en la mano derecha un extraño sombrero de forma singular, y diciéndome en castellano defectuoso:

—*Pobrisia*, hambre... ¿Un ósculo?

Este hombre, que parecía tener más de sesenta años de edad, mostraba en su rostro señales étnicas que servían para clasificarle en uno de los grupos de las razas asiáticas. Luengas barbas blancas, una cicatriz lívida sobre la mejilla derecha, y un ijadeo indicador de lesión pulmonar, le caracterizaban.

Pues bien, el pedigüeño me esperaba en la antesala de mi despacho, y en cuanto me vió me dijo:

—Ahora no pido. Ahora traigo noticias de mi jefe... *Pobrisia* sigue... Pero no molesto a usted sino por orden del señor *Idriam Rioj*.

Sorprendiéndome extraordinariamente que hubiese relación entre el mendicante asiático y el banquero fabulosamente rico de la India inglesa. Hice pasar a mi gabinete al extraño sujeto y allí conversamos. Cuando le invité a sentarse, él se negó, diciéndome:

—Un hombre que ha pedido limosna, no puede sentarse ante el que se la dió. *Pobrisia* es deshonra. Consienta que siga de pie.

—¿Y qué noticias ha recibido usted de *Idriam Rioj*?

—Un telegrama de Singapoore en que me dice que su familia va a llegar en el vapor *Freduny*, que le ha comunicado a usted su ruego de que reciba y acoja a su esposa y a sus dos hijas, y que ha consignado a sus órdenes, fondos destinados a ese objeto.

—Permítame que le pregunte, porque ando en deseos de saberlo, quién es su amigo y mi corresponsal *Idriam Rioj*. Mis apuntes comerciales y las indicaciones que he recibido en el Centro Universal de la Banca, no satisfacen mi justificado anhelo de conocer las circunstancias de esa respetable persona, y para que yo prepare el recibimiento, y sepa acomodarle a la condición de las viajeras, me interesa saber la calidad de ellas... Y también quisiera, si no es indiscreto, y si no le contraria, que me dijese por qué es usted amigo y representante...

—Representante, no, ni amigo tampoco, siervo y creyente, nada más.

Y estas palabras las dijo el estrambótico sujeto con respeto y emoción.

—Sea como fuere—segui yo—estimaría las noticias que pudiera darme.

—¿De él y de mí?

—De él principalmente, aunque no me molestaría cuanto se sirviera decirme de usted, de su persona y vida.

Entonces aquel hombre se adelantó hacia la mesa, frente a cuyo escritorio me hallaba yo sentado, y me dijo:

—Yo soy fakir... He sido fakir en mi patria. El gobierno inglés me arrojó de ella. Siendo pobre por mi religión y prohibiéndome ella ganar dinero con el trabajo, he andado de país en país, sufriendo dolores incalculables y martirios infinitos. Una vez estuve a punto de claudicar. Por afición y gusto soy tornero de metales y tengo la habilidad de la orfebrería. Encon-



trándome en Amsterdam a punto de morir de hambre, me ofreció el dueño de la misera posada en que yo dormía algunas noches, y que conocía esa mi especial aptitud, conducirme a un taller donde sería bien pagado. En efecto, lo hizo. El jefe de aquel establecimiento me invitó a colocarme ante un torno en el que había un cilindro de bronce, y expuso a mis ojos el diseño artístico que había de reproducir con las mordeduras del diente de acero giratorio en el bloquecito metálico. Empecé a mover la polea trasmisora del impulso, herí rápidamente el bronce, y el director del establecimiento quedó maravillado de mi habilidad. "Muy bien—me dijo—, es usted un maestro. Le ofrezco un jornal de 15 francos diarios"... Entonces me acordé de que es mejor morir de hambre que obtener fruto del esfuerzo, y pensé que, si yo me rendía a la necesidad, quedaría manchado para siempre, y sería maldito por el dios de la Suprema Pereza... Viajes largos, dolores sin cuento... La santa *Pobrisia* mi compañera... Por eso he pedido al señor limosna, y el señor me la ha dado...

—Nada, unas cuantas monedas de cobre—interrumpí yo con el arrepentimiento de no haber destacado a aquel mendicante entre la vulgaridad de la miseria recaudatoria, y si su relato era una falsedad, de no haber adivinado en el paupérrimo asiático una fantasía inventora, digna de fama.

El mendigo quedó silencioso. Yo también.

Me había impresionado la exposición de aquella vida andariega y solicitante, oriunda de los países del ensueño, sometida a los más negros dolores en la prosaica Europa.

Tras una breve interrupción en el coloquio, yo continué:

—Interantisimo es lo que usted me dice. Y no le extraña que siga interrumpiéndole. ¿Cómo siendo usted representante, amigo o siervo del mi-

llonario *Idriam Rioj*, se halla en la miseria presente?

—*Pobrisia*. Nuestro estado es el de la *Pobrisia*. Si no fuéramos pobres no seríamos dignos del alto destino que el dios de la Pureza nos tiene reservado. Si uno de nuestra religión es rico es que ha llegado por sus méritos a ser brahma. Categoría elevada, que sólo se consigue después de inmensos sacrificios. Si el señor *Idriam Rioj* me regalase su oro, no sólo me ofendería, sino que me habría quitado el derecho a aspirar a la situación magnífica en que él se encuentra.

—¿Y cómo, si no podéis aceptar la dádiva del que llamáis vuestro jefe espiritual, pedís la vil moneda al transeunte?

—Cosa distinta, señor. Rogar la caridad es bueno para el pedigüeño y para el dadivoso. Es manera de unir las almas. Tomar regalos, eso destruiría mis esperanzas... Es cosa difícil de entender a los hombres de las otras religiones, y más aún a los que no tienen religión alguna... El gran *Rioj*, sabe siempre donde me encuentro, porque yo se lo comunico, y él me manda y yo le sirvo... Y hará una hora que he recibido un cablegrama suyo desde Singapoore, que voy a mostraros.

Entregóme el papelito que decía: "Vea a nuestro corresponsal Indalecio Satorres, Rambla de Cataluña, 87, y adviértale la próxima llegada a Barcelona de mi familia, y de que en el Centro Universal de la Banca tiene fondos a su disposición."

Luego de leído el despacho avancé en mi interrogatorio.

—¿Y quién es el señor *Idriam Rioj*?

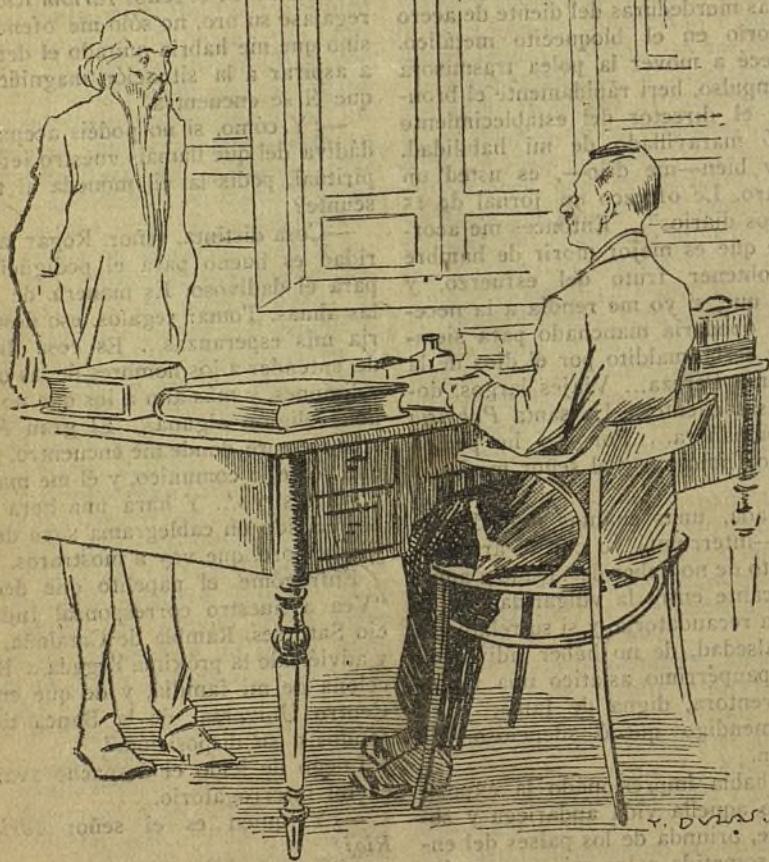
—Para usted, señor, es sólo un potentado del dinero, un negociante riquísimo. Sin duda, constando el nombre de usted en sus guías, y teniendo suficientes informes de su dignidad, le ha conferido este encargo. No le importa saber más, ni nada más podría, ni debería yo decirle... Y así, cum-



plido el encargo que él me dió, me retiro con su permiso.

—A lo menos—concluí yo—acepta-

de revolución parece como que los corazones de los hombres se ensanchan. Encontraré en las calles de



rá usted de mí una limosna que le asegure la subsistencia por unos días.

—Eso no,—contestó el asiático—eso no. Porque yo no le he pedido ahora nada, y limosna no pedida no es limosna sino regalo. En estos días

Barcelona la dádiva que necesito para comer un plato de judías en una taberna que hay debajo del gran castillo de Montjuich... Desde que el mundo vuestro arde en violencias, ha cambiado todo. No han gozado



los libres de un día de paz, pero se han roto las antiguas tradiciones. El desprecio al pobre no es tan intenso, ni tan humillador como antes. Es que todos sienten la muerte de cerca, y las manos antes cerradas, se abren... Déjeme, señor, seguir mi vida, que ha de ser la de siempre: *Pobrisia* y limosna.

Con reverencia respetuosa salió de mi gabinete aquel hombre, y yo me

quedé meditando en lo que había oído, mientras en la amplia avenida, a la que daban los balcones de mi casa, palpitaba el rumor de la muchedumbre. Estaba desarrollándose un motín de los que eran frecuentes en los últimos años. El populacho impera, la bestial multitud imponía sus órdenes. Nos hallábamos en el centro de los dichosos días de la renovación.

## II

### LAS PASAJERAS DEL

### VAPOR "FREDUNY"

La casa consignataria, correspondiente me avisó el día y hora que debía llegar a Barcelona el vapor *Freduny*, en que venían la esposa y dos hijas de *Idriam Rioj*. Habíales yo preparado, amplio acomodo en el mejor hotel de la ciudad, y esperaban a las viajeras cerca del muelle dos automóviles con el personal necesario para el trasbordo de equipajes y efectos. Con puntualidad maravillosa arribó el *Freduny*, y yo me trasladé a bordo en una lancha de vapor que también tenía apercibida.

Después de los trámites habituales de la Sanidad, fui autorizado a entrar en el barco y no hubo necesidad de que me indicaran quiénes eran los expedicionarios que me interesaban, porque desde luego vi un grupo formado por una mujer de avanzada edad, dos jóvenes y seis u ocho criados que en el rostro y en los trajes revelaban ser la familia y servidumbre de *Rioj*. He de advertir que me había encontrado en el puerto con el

mendicante asiático. El se había procurado, asimismo, los informes precisos, a fin de hallarse en el lugar que correspondía a la llegada de los expedicionarios. Ignoraba yo si la esposa y las hijas de *Rioj* hablaban castellano, o algún idioma europeo que me fuera conocido, y así invité a aquel hombre misterioso a que me siguiera, por si era preciso la intervención de un intérprete.

El se negó, diciéndome:

—No es necesario. La familia del señor *Idriam Rioj*, además de la lengua nativa, habla el inglés y el español suficientemente bien para que ustedes se entiendan. Han residido ellos muchos años en Singapoore, han vivido también en Manila, en relación constante con españoles y con filipinos españolizados. Yo esperaré aquí. Ofreceré mis servicios a la señora, y si no le son necesarios, no volveré a molestarla.

—A lo menos—añadí yo—me dirá usted su nombre y su domicilio por



si a la esposa de *Rioj* le interesa saberlo.

—No hay inconveniente. Me llamo Lien Visartch y vivo en los casetones de tablas de la Riera Roja, en el barrio llamado Mongolia, donde soy bien conocido.

Ello es que, cuando hube saludado a la señora de *Rioj*, esta me presentó a sus hijas y me dió gracias por haberme tomado tantas molestias en su beneficio.

Era ella una mujer de más de cincuenta y cinco años, delgadísima, la faz enjuta, la nariz recta y fina, los dientes menudos y blanquísimos y la cabellera profusa y blanca. Las jovencitas respondían al tipo materno, pero eran de corta estatura. Su pelo era negrísimo, los ojos lucientes y movibles, lindas e interesantes, con ciertos rasgos de misterio y de dolor.

Entre los criados que, esos sí, vestían al estilo indico, se destacaba un anciano quien, desde luego, me pareció que era el mayordomo y el hombre de confianza de la familia. El y los otros llevaban diferentes sacos, maletas y cajas que acaso, por contener objetos de valor, no debían confiarse a los faquines de la descarga. Cuando íbamos a aproximarnos a la escala para salir del barco, la señora de *Rioj* se despidió del capitán, que había acudido reverencioso, probándose de esta suerte la importancia que concedía a aquellas damas que le habían sido recomendadas. En palabras y en ademanes la señora y las señoritas revelaban no sólo costumbre de viajar, sino los hábitos de la sociedad más distinguida. La anciana sacó de un tarjetero de marfil, una cartulina que entregó al capitán y a mí me dió otra. En ella se leía: "*Mahapradjati Rioj.—Singapoore.*"

Poco más tarde habíamos llegado al hotel, quedando instaladas la dama y las damitas. Aquella me dijo que le parecía muy bien el alojamiento, pero que deseaba alquilar o comprar

una casa de campo en los alrededores de la ciudad, con jardín amplio, cuadras y cocheras, y todos los demás elementos para una larga permanencia.

—Porque he de manifestarle, señor — siguió diciendo Mahapradjati Rioj — que hemos de permanecer aquí indefinidamente... A lo menos ese es nuestro plan, por ahora. Cuando decidimos salir de nuestro país, pensamos en dirigirnos a Londres, donde tenemos amigos y negocios, pero las circunstancias de la guerra nos han hecho decidarnos por Barcelona. Teníamos las mejores noticias de esta gran ciudad, y por lo poco que he visto ahora, no eran equivocados esos anuncios. Al resolver el viaje, Idriam telegrafió a usted, porque, aunque no tiene el honor de ser su amigo, conoce su caballerosidad y su prestigio. No se ha equivocado, y la impresión que recibo al ver a usted es por todo extremo grata.

El indio que ejercía, según yo creí, oficios de mayordomo, se acercó a su señora y en idioma *pracrito* le dijo algo, señalando una gran caja de caoba con adornos de plata que dos de los servidores conducían cuidadosamente. Pude comprender que lo que había preguntado el mayordomo es dónde se colocaba aquella caja. Miró la dama en torno como buscando lugar adecuado y señaló una hermosa mesa de mármol que había en una esquina del salón. Allí quedó depositada con singulares miramientos la caja.

Después, deseando yo librar de mi presencia a las viajeras, que estarían ansiosas de reposo, me despedí, dándole explicaciones de los fondos recibidos y de cuanto importaba al caso.

—Comenzaré ahora mismo, señora, las gestiones que me encarga para buscar la finca que usted desea. El servicio del hotel se halla dispuesto de manera que no le falte nada. Esta es una casa respetable, donde se hospedan las personalidades más impor-



tantes que vienen a Barcelona. Vendré a recibir diariamente la consigna de usted y en todo caso bastará con que ordene que me llamen por teléfono para que yo me presente aquí.

La señora Mahapradjati Rioj reve-

laba deseos de quedar sola con sus hijas, y pude observar que dirigía sus miradas con interés extraño a la caja que sobre la mesa de mármol lucía el barniz de la rica madera y la magnificencia de sus herrajes.

### III

#### LA PRIMERA REVELACIÓN

Tres meses habían pasado, y durante ellos se encontró la casa de campo deseada. Se hallaba en los extremos del pueblo de Sarriá. Era un palacio que pocos años antes construyera un catalán enriquecido en América y a quien los vaivenes de la fortuna habían arruinado de un modo fulminante. En torno del amplio edificio se dilataba extenso jardín, con un pedazo de huerta en un rincón. Había agua abundante, prados a la inglesa, campo de tennis, lindas estatuas, y cuanto es propio de tales posesiones. Primero fué alquilado el edificio, porque la señora de Rioj deseaba hacer la prueba de su comodidad. Quedó rápidamente satisfecha, y entonces me ordenó la compra inmediata. No hubo regateos. Mahapradjati Rioj no entendía de esas cosas. En tres bancos barceloneses había constituidos depósitos importantes a su orden. Cuando yo le quise liquidar las 10.000 libras que me confiara el señor Idriam Rioj, ella se negó a recibir lo restante y me dijo:

—Eso quedará para los pequeños encargos que usted nos haga la bondad de realizar. Además es necesari-

rio que usted perciba una asignación mensual en premio a su molestia, lo cual no habrá de liberarnos de la gratitud que le debemos. Es orden que tengo de mi esposo, y solo de ese modo me permitiría perturbarle en sus ocupaciones.

Me negué a esta solución, pero ella insistió mucho, y al fin quedaron las cosas vagamente.

El palacio de Sarriá fué adornado con muebles ricos, al estilo inglés, sin alardes de lujo llamativo, pero con suntuosidad admirable. Dos carruajes, varios troncos de caballos y dos automóviles fueron adquiridos, y yo organicé con esmero esos y los demás servicios, entre ellos el de la cocina. En esto último hubo muy poco que hacer. Entre la servidumbre india que acompañaba a la dama, venían cocineros; y el día que tratamos este detalle, Mahapradjati Rioj, me manifestó que allí no habría banquetes, y que ella y sus hijas comían al estilo de su país, y según las prácticas de su religión, con suma modestia.

Siempre que yo iba al palacio se me hacía aguardar en un gabinete. El mayordomo, que estaba como centi-



nela hijo en el vestíbulo, avisaba a su dueña, y tras alguna espera era yo introducido en una de las salas. Mi conducta cortés y respetuosa, la fidelidad con que ejecutaba yo los encargos que se me dieran, determinaron prontamente una corriente de simpatía entre las opulentas damas y mi persona.

Al comenzar el invierno, una de las hijas, la más joven y endeble, se puso enferma. Los fríos le habían causado un grave catarro que degeneró en pulmonía. La angustia que sufrió aquella señora no es para dicha, y la otra jovencita participaba de ella. Cumplí yo mis obligaciones, atendiendo al cuidado de la enferma, buscando los mejores médicos, trayendo dos enfermeras inglesas que permanecieran allí día y noche, por turno, e hice tales demostraciones de interés, que Mahapradjati Rioj, así que llegó la convalecencia y hubo desaparecido el peligro, me dijo, una tarde en que estábamos solos:

—No sé cómo darle gracias. Ya conocía yo, que he vivido siempre entre españoles, la hidalguía y la caridad vuestra, pero ha sobrepasado usted todas mis esperanzas. Es usted un amigo nuestro, un amigo verdadero. Ya ve usted qué vida solitaria hacemos. En esta expatriación no tenemos, fuera de los fieles servidores que nos acompañan, nadie a quien confiarlos... Su experiencia habrá adivinado que nos envuelve el dolor. Sí, sufrimos mucho. Pesa sobre nosotros una inmensa desgracia... La que ha destruido la dicha de mi hija mayor, de mi hija Purna...

Quedé sorprendido con estas palabras. ¿Qué hija era aquella, cuyo nombre sonaba por primera vez en mis oídos? Las otras dos, las que yo conocía se llamaban Viskrelia y Yopiria.

—Sin duda—repuse—esa señorita está allá en la India, si es que aún vive... Perdone lo que hubiera de in-

discreto en mis palabras y el concepto desacomodado de ellas, que nace de mi ignorancia respecto a su venerable familia... No puedo menos de incurrir en estas probables indiscreciones, pero aún sería más indiscreto oír a usted en silencio y no expresarle de algún modo mi interés.

Mahapradjati Rioj, que estaba sentada en un sillón, abismó el rostro entre las manos, y prorrumpió en vehementísimo llanto. No intenté interrumpirle, ni sabía qué palabras adecuadas emplear.

Después de un largo espacio en que la dama sufrió la violencia de un profundo martirio, recobróse algún tanto, secó los ojos con el finísimo pañuelo de nipsis que sus dedos arrugaba, y exclamó:

—Era necesario... tenía que suceder. Las lágrimas de mi corazón habrían de verterse ante un extraño, porque ellas me inundan y me ahogan. perdone, señor; perdone el mal rato que le impongo. No tengo derecho a ello. Mi penitencia debía ser reservada, pero, al fin... ¡al fin, se ha roto mi voluntad!

La emoción que yo experimenté en aquel instante era conturbadora y profunda; y la exacerbaba lo incomprendible del caso.

La dama india continuó:

—No. Mi hija Purna no está en Singapoore. Está aquí.

—Mi sorpresa llegó a los límites de lo inverosímil, porque era inverosímil lo que oía. Era imposible que esa mujer, hija de los Rioj, se encontrara en el palacio.

Entonces Mahapradjati Rioj, procurando serenarse totalmente, me dijo:

—Será absurdo para usted lo que ocurre. Aun viéndolo y sabiéndolo continuará con la idea de que se trata de una invención ridículamente inverosímil... Un europeo, un hombre de cultura y de talento, no podrá aceptar lo que ante su juicio parece un



desatino... Adivino que ahora piensa usted que yo estoy loca, que mis palabras son las de una demente... Debería serlo, porque en el sufrir de tantos años, mi razón ha vacilado... Pero sí, sí; mi hija Purna está aquí, muy cerca de nosotros... Tan cerca, que acaso nos oye... Pero está y no está, es y no es, existe y no existe, ha muerto y vive...

De tal suerte me vió impresionado Mahapradjati Rioj, que más que sus propios dolores, la emocionaron, entonces, la contemplación de mi rostro y el temblor que me invadía. Se levantó bruscamente y dijo:

—Estoy arrepentida de lo que he hecho. Se me ha escapado el secreto. Dispense, le he mortificado... Ya no es posible retroceder. Ha de saberlo usted todo. Ello habrá de parecerle ridículo y siniestro, cómico y

trágico, algo que fluctúa entre las invenciones descabelladas de los poetas de Benares y las desorientaciones cerebrales de los locos de Beedlan... pero no, ahora no podría, no podría seguir hablando... déjeme, déjeme, se lo suplico. Yo le avisaré...

Besé la mano de la dama, y advertí que la fiebre la caldeaba. Me alejé como quien sale de un mal sueño. El automóvil que me conducía, arrojando a diestro y siniestro en las negruras de la noche, que ya había cubierto el panorama de Sarriá, los reflejos de los faros, parecían una máquina infernal que me condujera más allá de los recintos de la existencia.

En toda la noche pude conciliar el sueño, y entre las palpitaciones de mi alma se destacaban estas dos preguntas:

¿Está loca?... ¿Estoy loco yo?...

#### IV

#### EL ADUAR DEL FAKIR

Fué aquella noche para mí de insomnio, inquietud y sobresaltos. Había meditado sobre las palabras de la señora Rioj, había sido testigo de su perturbación morbosa, temía que aquello no fuera sino el despertar, o el renacimiento de una dolencia de la mente. Y pensaba yo con espanto en los deberes y en las responsabilidades que sobre mí caerían, caso de confirmarse mis sospechas. No tenía la familia índica en Barcelona más amigo que yo. ¿Qué haría si el con-

flicto estallara?... Y así pasaron las horas nocturnas.

No pudiendo ya permanecer más tiempo en el lecho, me levanté y me vestí. Como conducido por misterioso guía espiritual entré en el cuarto en que estaban mis libros, y allí leí descripciones de aquel país fantástico, saltando de un volumen a otro, sin norma fija, sin saber lo que buscaba y aun creyendo que no buscaba nada. Eran aquellas lecturas formas del desvarío de mi ánimo. Lo que yo as-



piraba a encontrar era algo que me proporcionara el conocimiento de los fundamentales rasgos psicológicos de esas razas, de las que sólo tenemos noticias por su aspecto pintoresco, probablemente falso, acaso inventado por la escenografía teatral.

En la varia y desordenada lectura tropecé con las inverosímiles historias de los fakires, de sus milagros, de su dominio sobre la naturaleza, y recordé, o aprendí entonces, cuanto hay de potencialidad espiritual y cuanto de desdén de la materia en los que profesan la religión de Buda. Sí, es verdad que los fakires se suponen realizadores de prodigios absurdos y uno de ellos podría ser el que en el Palacio de Sarriá existiera la hija mayor de los Rioj, la Purna de que me había hablado Mahapradjati.

No pudiendo explicarme la revelación de la afligidísima dama, intentaba yo tropezar con la realidad del caso, caminando por los senderos de lo desconocido. Y abandonaba mi condición de europeo, de hombre moderno, despreciador de lo sobrenatural, y pretendía trasladarme a la calidad moral de aquellas gentes que viven en el ensueño, rodeadas de un ambiente fantástico, en que el aire es éter, y las luces del cielo llamaradas cegadoras...

Inútil todo. La fatiga del insomnio, el frío de la madrugada, el temor de no encontrarme con una orientación definitiva, acabaron por rendirme. Concluí por quedar dormido sobre los libros que había hojeado. En el febril sopor continuó mi espíritu laborando. Vi en las infinitas lontananzas millones y millones de indios, entregados a las prácticas desaforadas de su religión. Los fakires viejos, esqueletados, andrajosos y tembladores caminaban entre la multitud, ofreciendo sus maravillas. Uno realizaba el prodigio de flotar en la atmósfera, como si su cuerpo se hubiera libertado de la ley de la gravedad. Otros arran-

caban una flor de un arbusto, y soplando en ella la convertían en pájaro policromo que se alejaba en raudó vuelo. Quién metía sus manos en el torrente y el agua que habían aprisionado se concretaba en un bloque de plata... Ellos pronunciaban en alta voz extraños vocablos, y del bosque acudían sumisas las fieras. Un elefante blanco, enorme y bello, de colmillos larguísimos y agudos, venía trotando torpemente, y se arrodillaba ante el centenario fakir que le había llamado. El mundo de la fábula, el de la invención desatinada palpitaba en torno mío... Todo era allí contrario al régimen habitual de las cosas. Las leyes perpetuas de la existencia se habían alterado, y después de permanecer ante espectáculo semejante, durante minutos o años, que en mi agitación mental no podían ser medidos cronológicamente, acabé por rendirme a esta afirmación: no hay realidad, no hay verdad, solo hay milagro y fantasía...

No sé cuantas horas permanecí en aquella situación. Cuando mi ayuda de cámara entró en el despacho, para limpiarlo, según costumbre, quedé sorprendido de verme, y me preguntó si me hallaba enfermo. Le contesté que no, que había pasado la noche trabajando. Me ofreció el desayuno; lo rechacé... Y en aquel punto concebí una idea. Resolví salir en busca de Lien Visartch, el fakir mendigo, para interrogarle. El sabía ciertamente el secreto que había empezado a revelarme Mahapradjati Rioj; yo le obligaría a que me dijera si aquella mujer estaba loca, y en todo caso a una referencia de los antecedentes de los exóticos personajes que ponían mi razón en riesgo.

Pedí el auto. Poco después me hallaba en el mísero barrio de Mongolia, aduar de famélicos, conjunto de casetones hechos con tablas, con pedazos de estera, con fragmentos de hojalata. Constituía aquello un in-



menso estercolero en el que la respiración era difícil, uno de esos horribles contrastes que ofrecen las grandes urbes. Donde ellas acaban con el esplendor de sus vías magníficas, comienza la penumbra de la civilización. La miseria, el hambre, la suciedad y el vicio fabrican en esos arrabales el adecuado paraje de su existencia. Todas las disposiciones de la urbanización, todos los consejos de la higiene, todos los esfuerzos policíacos, se detienen en la frontera de las ciudades sin ciudadanos, donde los que fueron hombres parecen reanudar el camino hacia el bosque salvaje.

No me fué difícil encontrar a Lien Visartch. Estaba sentado delante de su casucho, encendiendo fuego dentro de un hoyo de la tierra para cocer un poco de arroz en una cazuela viejísima. Un gallo negro, de ojos rubios y cresta encendida, un gato blanco, que al verme huyó, dando brincos de fiera, y un galápago, rodeaban al fakir.

Visartch se levantó, y sin manifestar sorpresa alguna por mi visita, me dijo:

—El señor sea dichoso en este nido de dolores.

—Quería saber de usted—repuse—algo que me interesa profundamente.

—Se de qué se trata, lo adivino... La dama Rioj.

—Ciertamente. Algo extraño he sabido. Y lo que quiero, lo que exijo, si es necesario exigirlo, es que me cuente cuanto sepa respecto a esa familia. No es una vana curiosidad la que me guía. Es que para servir bien la confianza que en mí ha depositado el señor Rioj, en la ocasión presente me es precisa una información que me aconseje y me guíe... Usted lo sabe todo, usted debe saberlo todo. En la extraña situación de usted no es verosímil que tenga relaciones con el opulento negociante de Singapoore, sin que vínculos fuertes, probablemente de origen religioso, no le unan con el

gran fakir y a las personas que le son afectas.

Al oír estas palabras Visartch, se incorporó con violencia y con rapidez impropia de su edad. Levantó los ojos al cielo y permaneció así unos instantes, como si buscara en la plateada estrella matutina la inspiración y el consejo.

Luego me dijo:

—Misterio, misterio impenetrable. Los agentes del gobierno inglés me persiguieron largamente para encerrarme en lóbrega cárcel, obligándome allí por los malos tratos a que yo revelase lo que está en el fondo de mi alma. Huyendo de ellos anduve por muchas tierras, perdí mi patria y llegué a esta choza donde no tengo más amigos que el gallo negro que no canta, el gato blanco que fué engendrado en una noche de luna albar, y el galápago que a vuestros pies se encuentra... No pretenda el señor que mis labios se muevan para explicarle lo que quiere saber. Dios me manda que calle...

—Pero es que la señora Rioj, me ha dicho anoche algo que me espanta. Tengo la obligación de defenderla, como encargado que soy por su esposo, contra todos los peligros que puedan venir. Por eso he venido a buscar a usted.

—Le esperaba—contestó serenamente Visartch.

—¿Cómo?

—Esperaba a usted—siguió—porque estaba seguro de que la flaqueza de la hembra caería en la revelación. Ella debe esconder sus angustias, ella está obligada a conservarlas lejos de la curiosidad de los otros... No ha podido... Hembra... ser endeble, junco del río, vilano que esparce sus plumillas al menor soplo.

—Pero, después de repetiros que no he venido por curiosidad indiscreta, añadiré que temo que Dama Rioj, como usted la llama, ha perdido el juicio, y lo que quiero, lo que exijo de



usted es que me afirme o me niegue esa sospecha.

Lien Visartch, se sentó entonces, puso una pequeña astilla sobre el as-



cua que ardía, colocó encima la cazuela del arroz, y me contestó:

—Loca, no, señor..., mujer sí...

—En fin, yo necesito una afirmación categórica. ¿He de llamar a los

médicos, he de tomar precauciones contra posibles violencias?

—Loca no..., mujer sí... debilidad, cobardía, miedo de sus propios dolo-

res es todo lo que hay en esa Dama Rioj... no tema... no llame a médicos, no tome precauciones... no pasará nada. —¿Y sólo eso me dice, usted?



—Sólo eso, y es bastante... es más de lo que debiera.

—Unas palabras para concluir. ¿No ha ido usted a ver a Dama Rioj?

—El día que llegó la vi en el hotel. El día en que se estableció en el palacio, la vi en el palacio. No he vuelto, no volveré a visitarla. Ni es necesario... desde aquí lo sé todo.

Y el fakir mendicante puso en sus

ojos un resplandor de certeza que selló mis labios. Comprendí que era inútil la insistencia. Me alejé de allí. El gato blanco se había posado sobre el hombro derecho del fakir, el gallo negro se había acercado al fuego, y torciendo la cabeza, fijaba en mí su ojo derecho, mientras el galápago, dando lentos pasos, sacó la cabeza de la concha.

V

#### SANTO AMOR

Hubiera querido ir en el acto al palacio de Sarriá. Si eran exactas las afirmaciones de Lien Visartch, no se trataba de un caso de locura. Entonces, ¿qué era? Y sobre esta base creí urgente saber lo que Mahapradjati Rioj me había prometido referirme. Contuve mi impaciencia. Era demasiado temprano, y aguardé a la hora habitual de mis visitas: las cinco de la tarde.

Llegué al palacio de Sarriá, y el indio viejo, mayordomo de la casa, me recibió friamente, el rostro severo, que contrastaba con las sonrisas serviles que antes me dedicara. En el mal castellano que le era propio, me dijo:

—Señolia enfelma... Señolitas enfelmas. Hoy imposible recibil a Señolia.

—Pues es indispensable—contesté—que yo vea a la señora ahora mismo. Se trata de una comisión que no puede ser aplazada.

El indio insistió en la negativa, y como pareciera que intentaba cerrarme el paso, yo le aparté bruscamente.

—Avisé a la señora—exclamé con acento airado y resolución enérgica.

El mayordomo salió corriendo, sin que sus pies descalzos produjeran ruido en el mármol del pavimento.

Al mismo tiempo, la señora de Rioj, envuelta en un gabán de pieles, cubierta la blanca cabellera con un paño de seda negro, apareció en el extremo de la galería.

—Venga—me dijo—. Si no hubiera usted llegado pronto, le hubiera hecho llamar. Sígame.

Me condujo a un saloncito que estaba en la penumbra. Solo había en él una luz eléctrica que pendía de la techumbre y que estaba envuelta en gasas rojas.

Apenas entré, descubrí en un rico mueble, de palo santo y jaspe, la caja de caoba, la de los herrajes argenteos, la que me había sorprendido un



tanto cuando acompañé a la familia de Rioj al hotel, el día del desembarco.

La dama me invitó a sentarme, y ella ocupó un sillón cerca de mí. Parecía tranquila, y en su rostro delgado y largo, y en sus ojos negros y brillantes se adivinaba el imperio portentoso de una voluntad recia que tras la crisis se mostraba nuevamente.

—Yo no sé—dijo ésta—, si usted disculpará los enojos que le produzco. Lo que sí sé es que para mí es motivo de remordimiento el haber introducido en sus preocupaciones de hombre de negocios una preocupación nueva: la de este misterio que empecé a revelar en su visita de ayer. No le ocultaré que me duele la flaqueza en que incurrí. ¿Con qué derecho le he hablado a usted de cosas que no puede remediar y que habían de intranquilizarle?... Disculpe mi debilidad... Tolere esta falta de respeto...

—Señora,—contesté yo—no le ocultaré que la impresión ha sido muy grande, que esta noche no he dormido, que no entendiendo lo que usted empezó a explicarme, he supuesto todas las extravagancias y todos los horrores. Hablaba usted de su hija Purna, de su hija mayor. Afirmaba usted que ella estaba en esta residencia, no lejos de nosotros, que acaso oía nuestro coloquio... Y como yo no había visto a esta señorita, ni en el vapor *Freduny*, ni en el desembarcadero, ni en el hotel, ni en el palacio en que nos hallamos, mi mente ha sufrido la perplejidad de lo inverosímil...

—Sí, y usted, en esas divagaciones que buscaban la realidad, ha llegado a pensar que yo había perdido el juicio.

—No lo negaré señora. Su crisis de llanto, sus lamentos, las palabras misteriosas, incomprensibles para mí, que usted me dirigió anoche...

—Lo he supuesto. Y no me ofende el que usted pensara eso... Era natu-

ral... Y también imagino, porque conozco su espíritu investigador y su actividad noble, que ha procurado saber algo que le explicara el caso...

—Soy un caballero, soy un hombre de sinceridad absoluta. Nunca he engañado a nadie y menos a una mujer... Y no había de intentar el engaño con una dama que me ha sido confiada, y de cuya tranquilidad he de responder no solo ante Dios, sino ante el hombre que sin conocerme y fiado no más que en las buenas indicaciones mercantiles, me entregó la custodia de su familia... Esta mañana he visto a Lien Visartch.

—Lo suponía. Y estoy segura de que no le habrá a usted dicho nada, nada útil para averiguar el secreto.

—Así ha sido, señora.

—Ese hombre es la continuación de nuestras persecuciones. Donde quiera que fuese habría de encontrarme yo la sombra fatídica del ser iluminado, perfecto acaso, ante el que me rindo, pero que es el causante de mis desventuras. Hablo a usted de mi esposo *Idriam Rioj*.

Sentía yo una comezón indomable por llegar al término de las revelaciones; y era más grande ese ímpetu de mi alma al ver confirmadas las palabras del fakir mendicante respecto a que la dama india gozaba de pleno juicio. Ella comprendió mi impaciencia, y aproximando más su sillón hacia mí, ciñó sus manos que eran largas y finas, destocóse del paño de seda negra que cubría su cabellera nivea y ondulante, y dijo, tras breve silencio:

—Oígame sin interrumpirme. Va usted a saber la absurda historia... Mi esposo *Idriam Rioj* es un banquero, poseedor de inmensos bienes, dueño de naves, árbitro de los negocios en buena parte de India inglesa. El tiene fábricas de destilería en once poblaciones, bosques de árboles resinosos que destilan lacas y barnices. Tiene además ganados, serrerías, mue-



lles instalados en las orillas del mar y en las riberas de los grandes ríos. Miles de hombres sirven bajo su deseo, cientos de agencias y casas consignatarias le representan... Es el indio más rico, el más respetado, el de mayor autoridad... Porque ha unido a las riquezas que heredara, las que yo le aporté. Soy una de las siete esposas, porque en nuestra religión... mi antigua religión nativa... el varón tiene el derecho y el deber de unirse con muchas hembras para que la raza se propague y se multiplique. Pero al casarnos *Idriam* y yo, quedó establecido que yo sería la esposa única, y las otras, las antiguas, vivirían apartadas de nuestro hogar, y no habría más familia que la que de mí naciera. *Idriam* cumplió escrupulosamente el compromiso, y me otorgó días de inmensa dicha, porque él es bueno y generoso, lo que ustedes llaman hidalgo, lo que en la religión de Cristo se denomina el esposo... Había él heredado de sus mayores, no sólo el oro, sino la idolatría de las muchedumbres indias. Toda la inmensa, innumerable muchedumbre de los creyentes de la India se le prosternan y le adoran. Los fakires le veneran e imploran su consejo y bendición. Y él, en los días del plenilunio se abstrae de los negocios, se encierra en su capilla y entonces le rodean los sabios y los santos. Dos, tres semanas de ausencia, en las que él no consiente que se le llame para negocio alguno, por importante que fuere. Hará diez años que un huracán destruyó en los mares del Japón 20.000 naves. Muchas eran de *Idriam*. Llegaban los cablegramas a la oficina anunciando la catástrofe, y el jefe de la casa, indio y budista, como nosotros, los iba depositando bajo una piedra de cristal, sabedor de que si hubiera interrumpido las oraciones del Gran Fakir, éste le hubiera arrojado de sí con desprecio... ¡Qué valen los intereses de la tierra!... Y cuando *Idriam* volvió

al mundo, tras los días de ayuno y preces, al conocer la desventura, levantó sus brazos al cielo y agradeció la prueba a que estaba sometido. Lo que hizo en el acto, fué entrar en un frenesí loco de trabajo. Los astilleros se pusieron en movimiento. Legiones de obreros entraron en dársenas y diques, y antes de que la nueva luna floreciese en los ámbitos, las bajas del ciclón habían sido sustituidas por nuevos centenares de barcos que ya navegaban luciendo en sus mástiles el gallardete de nuestra casa: un lienzo azul en cuyo centro resalta un gato blanco... Hombre grande, hombre inmenso. El sabe unir la codicia del oro con la abstinencia de los placeres. Los fakires que se hallan en el primer grado de la religión, sujetos por lo tanto a la mendicación y a la pobreza, saben cuánto vale su jefe, el que puede ser rico, el que emplea el inmenso poderío en conseguir que la omnimoda, férrea autoridad del rey que vive en Londres, sea suave y dulce para los que de rodillas andan por la senda de las perfecciones que Buda les marcó...

—Dispense señora que le interrumpa—exclamé yo—, no pudiendo contener mi ansia de llegar al desenlace. Ese hombre grande, ¿tiene alguna parte en las tenebrosas angustias de usted?

—Le he rogado que no me interrumpa, aunque comprendo el motivo de su interrogación. Pronto sabrá que *Idriam Rioj*, el sér bueno, magnánimo, que derrama la caridad y el oro sobre millones de desventurados, es verdaderamente, el que me obliga a esta confidencia.

—No es que me impaciente el relato. Es que ardo en deseos de saber si yo en mi insignificancia podría remediar la desdicha que usted me muestra.

—Le agradezco sus deseos, pero nada podrá usted hacer. Una ley fatídica pesa sobre nosotros, algo más



terrible que el poder de las naciones, que la crueldad de las dictaduras, que la villanía de viles imperantes. Es que mi vida se inclina trágicamente bajo la pesadumbre de una voluntad inmensa en la que se unen y concretan millones de voluntades, en la que palpita la ira de los siglos... Una religión, vencida oficialmente, triunfante porque participan de ella más de doscientos millones de hombres, actúa sobre mí y sobre mi familia... ¿Cómo oponerse a esa fuerza, tan vigorosa como la mayor de los elementos que actúan en el planeta, mares encrespados, huracanes furiosos, estallidos de la tierra que arde en volcanes, epidemias que asolan los pueblos, hambres y rabias que los excitan y empobrecen?... No, esto que usted oye, lo que va a oír puede parecerle, siendo como es ciudadano de un pueblo libre, cosa de un erotismo inaceptable... Pero verá, verá pronto... Y ponga ahora toda su atención... Hallándonos en Singapoore, donde pasamos la estación del invierno, mi hija Purna conoció a un hombre de otra raza, inglés, de otra religión: era protestante. Liddel Tweed, que este es el hombre, había llegado a Singapoore como jefe de una misión evangelista. Iba a realizar su propaganda entre los indios, bajo la protección del gobierno inglés. Purna le conoció en una fiesta de caridad en la que habían coincidido indios y británicos, y desde el primer momento experimentó la atracción de aquel caballero humilde, vestido de negro, rubio, sonrosado, de perfil hermosísimo. Le había precedido una gran reputación. Dominaba todos los dialectos nuevos y viejos de la India, *el pali* y *el pacrito*. Su elocuencia era maravillosa, su virtud indiscutible... Y él un día dijo a Purna: "Sois muy bella, sois la perfección. Yo quisiera llevar a vuestro espíritu la dulzura que en el mío producís vos. Sois rica, fabulosamente rica; yo soy pobre, inmensamente

pobre, porque no lo soy tan sólo por el carecer personal, sino porque cuanto poseyere, si Dios me otorgara la fortuna, sería para los desdichados. Yo os adoro, ¿queréis participar de mi vida y de mis deberes?"... Purna se sintió vencida, no sólo por la hermosura del varón, sino por su alto y noble pensar. Nunca había ella oído palabras semejantes. Una noche vino a mí, mi triste Purna, llorando, y me dijo que iba a separarse de nosotros, que iba a seguir a Liddel Tweed, porque había encontrado en el predicador de las bondades, el ideal de su pensamiento... Yo reconvine a Purna, y ella manifestó constantemente en largos días de prueba y de consejos, su resolución firme y decidida... Liddel Tweed habló a *Idriam* y le propuso el enlace con Purna, explicándole las condiciones de la boda. El no quería participar ni de una guinea en el haber de su amada. El respetaría la religión de ella, aunque procurando por la enseñanza y la persuasión conducirla a lo que consideraba la verdad... *Idriam* le rechazó violentamente, llamó a Purna, la interrogó sobre la sinceridad de sus sentimientos, y mi hija contestó que moriría antes que olvidar al hombre bueno y generoso que le había mostrado la perfección de la vida... Empezaron entonces las luchas familiares; yo intercedía en favor de Purna, *Idriam* se negaba a todo acomodo. Al fin me dijo: "¿No comprendes, mujer ignorante, que ese hombre rubio no viene sólo a llevarse a Purna para sus amores, sino a robarnos una alma para la ley de nuestro Dios?... Yo no lo consentiré. No sólo se opone a ello mi conciencia de creyente, sino mi reputación de jefe de tantos millones de servidores de Buda... Nada valdrán las astucias del inglés, nada sus méritos... Entre él y Purna se levanta una muralla infranqueable. Yo dispongo de los poderes de la tierra y de los poderes del cielo"... Desde



aquel momento Purna fué encerrada en las habitaciones secretas de nuestro palacio de Singapoore. Guardianes fieles la custodiaban. Ni a mí se me consentía verla... Verdaderamente desde entonces no la he visto más...

Y Mahapradjati Rioj rompió en llanto.

## VI

### LA REDOMA ENCANTADA

—Más de un mes había pasado desde que *Idriam* me separó de Purna. Repetidamente había yo querido saber de ella y con súplicas ardientes y llorosas le había rogado que me la devolviera, porque ella era mi amor preferente, mi entusiasmo de madre y la flor de la familia. Rioj no me dejaba nunca acabar las palabras, que antes de salir de mis labios habían sido largamente meditadas, pretendiendo conmoverle y poner en su corazón las ternuras paternas. Apenas tenía yo momento de hablar a solas con mi esposo. El vivía entonces, y sigue viviendo en el trabajo absorbente de sus negocios y obligaciones. Apenas dormía, apenas duerme. Es tal vez el más incansable trabajador entre todos los nacidos. Viaja sin descanso, aparece y desaparece, el automóvil, el vapor, las largas marchas en litera, o sobre la silla del caballo, cuando no entre las jorobas del dromedario, recorre tierras, surca mares, anda de un lado a otro siempre celoso de las dos ideas esenciales de su alma: el negocio y conservación de la fe bu-

Una vez más le había invadido el dolor. Pero como yo le indicara que podríamos aplazar, no obstante mi impaciencia, el final de la narración, la Dama Rioj se irguió con energía, y me dijo:

—No. Hemos de seguir hasta el final por mucho que me cueste y por inmenso que sea mi sacrificio...

disto. Y no se distancian nunca los anhelos victoriosos del mercader, del celo vigorosísimo del sacerdote... Una noche, cuando acababa de llegar *Idriam* de una larga expedición, nos llamó a mí y a las hijas Viskrelia y Yopiria. Le saludamos con la reverencia que al esposo y al padre corresponde entre los de nuestra raza. Recibíonos él con agrado y cariño. Parecía como si en las amarguras y en las luchas constantes de su vida hubiera entonces pensado que sobre todas las cosas de la tierra y del cielo hay un sentimiento indomable: la familia, el amor de los propios. Quise yo aprovechar ese momento, ordené a mis hijas que se alejaran y dije a *Idriam*: "Sobre la veneración que me inspiras, sobre el amor de esposa que te dedico, queda algo que ahora debe resolverse. Porque no duermo, no como, no vivo. ¿Qué es de mi hija Purna?"... *Idriam* me contestó: "¿Como si hubiera muerto!" Yo me alcé cólera, indignada. La madre surgía en los frenesíes reivindicadores del pedazo de sus entrañas que le había sido



robado. Y lloré y maldije, y me olvidé de que hablaba con mi esposo, del ser a quien me había entregado cuando nos unió el lazo definitivo. *Idriam* me escuchó tranquilo, sereno, sin que mis ofensas le alterasen, sin que mis insultos le hiriesen... Entonces le admiré como nunca, y su tranquilidad de Dios me hizo entender que yo era una miserable criatura, incapaz de elevarme a las superiores esferas de la perfección. Mi esposo se acercó a mí, acarició mi rostro, como en los días del amor juvenil, estrechó mis manos, y me dijo: "No es que *ese hombre*, habiendo amado a Purna, quiera que le acompañe en la vida; es que si se nos lleva el alma de Purna quedará roto el recinto de que yo soy guardador. No es la hija que se me escapa, es un espíritu que entrego a las falsas religiones... Venía yo ahora a nuestro hogar decidido a comunicarte lo que ha de suceder... En la fe que amamos nos es impuesta la transmigración de las almas. El que muere deja su cuerpo en la tierra, mientras su espíritu va a incorporarse a un *animaculo*, en el que se encierra para las sucesivas reivindicaciones del pecador. Vuela el noble entre las alas del águila, rastrea el misero bajo la piel sedosa del lagarto... Pero está reservado a los altos sacerdotes de Buda imponer a los decaídos en el amor de los dioses la transmigración, como castigo inmediato. Podríamos matar y no matamos... Lo que hacemos es someter al relapso, a un tránsito doloroso, a una modificación castigadora... Y eso he resuelto para Purna... Ella ha venido conmigo, se encuentra en uno de los subterráneos de nuestro palacio. He convocado a los altos sacerdotes y tras largo martirio, hemos conseguido que nuestro dios nos otorgue el derecho de castigar a la que nos iba a ser arrebatada."

No pude menos de interrumpir nuevamente el largo relato. Era él tan absurdo, tan inverosímil, tan dispa-

tado, que me era imposible seguir oyendo sin protestar. Y así dije:

—Bien, señora. Todo lo que me cuenta es un sueño.

—Ojalá lo fuera—contestó *Mahapradjati Rioj*—. Así me lo pareció a mí, aunque estoy saturada de las fantasías de mi gente y he oído y he visto los absurdos trocados en realidad, lo que parecía invención fabulosa reducido a hechos... Pero no me interrumpa, no me detenga... Voy a llegar al fin de nuestras revelaciones... Al otro día, cuando apenas había salido el Sol, *Idriam* me llamó y me dijo que confortara mi alma, olvidara los afectos maternales, y asistiera al castigo... Condújome mi esposo a la cámara roja de nuestro palacio de Singapoore, lugar en que yo no había entrado sino dos veces por motivos dolorosos: dos hijos míos que murieron en la infancia y cuyos cadáveres fueron quemados allí sobre brasas de sándalo... La enorme cámara estaba débilmente iluminada con antorchas que sostenían en sus manos varios fakires. Uno de ellos arrojó al suelo su tea ardiente y gritó frenético: "Una vida se nos escapa, un alma se nos fuga!... Hemos de recogerla, hemos de reducirla a la vil condición que ella ha buscado. Por amores infieles, ella quiere dejarnos. El amor es la codicia de la carne, los besos impuros que ningún sacramento puede limpiar... Ha de convertirse esta hembra descarriada en la condición que le es propia, la que ella ha buscado. El animal de los amores lascivos, de las codicias voluptuosas, es el gato, traidor para su dueño, todo uñas y dientes, intranquilo en el hogar que le acoge, la traición, el olvido de los favores!... Vamos a asistir al castigo. Nos ofrece la víctima el Sumo Creyente. El nos trae a la hija que ha perdido la fe... Ella quedará convertida en el ruin cuerpo de una gata, y para que la ejemplaridad perdure y el bicho blanco, pe-



ludo, despreciable, quede en la memoria de las gentes, será encerrado en una botella de cristal, en la que ha de permanecer por los siglos de los siglos. Sobre el cuerpo miserable de la bestezuela flotará su ánimo... Y así pasarán los días, los años, los siglos..." Yo estaba dispuesta a todo sacrificio, pero entonces reaccioné y con una violencia de palabras y gestos que nunca hubiera creído propios de mi condición, lancé voces de condena contra lo que se intentaba. Dudé de que fuera posible el inmenso crimen, apostrofé a los que le realizaban... Mi esposo *Idriam*, que estaba cerca de mí, me oprimió la mano derecha y me dijo al oído: "Esta es la obra de tu condescendencia, éste es el efecto de una miserable debilidad. Millones de hombres creen en nuestra fe, yo soy el que esa fe representa, y si por salvarla y conservarla en su autoridad hubiera de arrojarlos al fuego a ti y a todos los seres que nuestros amores engendraron, todos caeríais en la brasa, y yo añadiría carbones para que ardierais pronto... Deja que el milagro se consume... Resiste la prueba. Si no fueras capaz de ella, dejarías de ser mi compañera fiel, a la que he sacrificado tantos preceptos de las prescripciones de nuestra religión." Estas palabras no quebrantaron la violencia de mis increpaciones. Continué gritando. Vi a lo lejos que mi hija *Purna*, desmayada bajo las túnicas negras que la cubrían, era empujada a un altar del que surgían rojas llamaradas. Perdí el sentido y cuando volví a recobrarle, mi esposo *Idriam* me señalaba una botella cristalina, dentro de la que yacía una gata blanca... "Esa es tu hija—me dijo mi esposo—. Ahí está. Se ha operado en ella la transigración vindictiva que sólo es dable imponer a los grandes sacerdotes de nuestra fe. Mírala. El animalejo blanco parece dormido. No duerme. Se diría que es un cadáver.

No lo es tampoco... Es la forma material que queda de un espíritu perverso que ha intentado libertarse de nosotros, de los dominadores en millones y millones de conciencias, de los que señoreamos la mayor parte del mundo, de los que en los otros planetas desconocidos a la ceguedad de los astrónomos, vuelan por los espacios, imperando en la eternidad de la existencia... No llores, no llores más. Yo no podía consentir que *Purna* se ahuyentara de nuestra casa, y se fuera con el predicador de las doctrinas falsas. He realizado el sacrificio mayor de mi vida. Pero ¿qué importa una vida, cien vidas, millones de vidas, si su aniquilamiento significa el holocausto a mi fe!... Ahí tienes dentro de una botella de frágil cristal a *Purna*. De nuestra hija amada no queda sino ese residuo repugnante, una gata adormecida, blanca y limpia, prisionera dentro de un endeble cristal. Yo te la entrego, yo te entrego ese milagro de nuestro poder sobrenatural con lágrimas dolorosas..."

Ahora me fué totalmente imposible contener los pensamientos y las palabras que hervían en mi mente.

—Pero usted señora ¿vió esa transmutación prodigiosa?

—Vi—contestó *Mahapradjati Rioj*—que delante de mí hervían vapores misteriosos, que hombres vestidos de blanco sostenían en sus manos antorchas más fumosas que iluminadoras, sentí que temblaba mi raciocinio, y al cabo perdí la noción de la realidad. Y cuando la hube recobrado, carne y espíritu flaqueaban. Caí rendida... A la mañana siguiente me encontré en mi dormitorio. Un médico indio cuidaba de mi salud, y mis hijas *Viskrelia* y *Yopiria* me rodeaban diciéndome: "Niña madre, amor nuestro, ¡castigo de los dioses! Serénate. La vida sigue. Nosotras aún estamos sobre la tierra..."

Había yo escuchado atentamente el relato y durante sus incidencias puse



mudos comentarios. Cuando estos iban a aparecer en la protesta definitiva de que se me estaba obligando a escuchar un relato de imbéciles supersticiones, los detalles surgientes en la revelación, detenían mis palabras. Sí, todo eso era un absurdo, un absurdo disparatado, una perturbación moral de una persona, de una raza, de una religión... Oía yo cerca de mí el vibrar de la vida cosmopolita barcelonesa en la que el hecho es hecho, la invención una burla, y todos los prodigios de la fantasía, fórmula momen-

tánea de una vida exacta, cronométrica, saturada de aspiraciones realistas... Pero aquella vieja india que me miraba con sus fulgurantes ojos negros, apretando en constante estremecimiento sus manos delgadas y reptiformes, me sujetaban a una realidad que no era realidad, a una invención que se concretaba en dolores de madre, en luchas religiosas y en una monstruosidad moral que superaba mis vulgarísimos conceptos racionalistas.

Dama Mahapradjati Rioj, según iba





avanzando en el relato, manifestaba mayor serenidad; y cuando le dije:

—¿Pero usted cree en todos esos prodigios?

Ella contestó:

—No creo... Creo... No sé que decirle... Recuerde usted, mi sacrificado amigo, que yo nací en la India, que mis padres me enseñaron a adorar su fe, que he vivido en los misterios y en los milagros, y que si luego he leído libros y he visto ejemplos de racionalidad, perduran en mis entrañas las antiguas historias... Si no me hubiera sido arrebatada mi hija Purna y no hubiera sido operado en ella el asqueroso prodigio, mi alma permanecería intacta en las doctrinas infantiles, cuando las enseñanzas de los fakires me mostraban el mundo según su fe... Pero si, ahora dudo, ahora tiemblo ante mi duda. Mi amor de madre se sobrepone a los miles de siglos de prestigios de la religión en que he vivido... No puedo creer que mi Purna, la santa y bella Purna, por haber amado a un hombre santo y bueno como ella, merezca el oprobio que le han impuesto los fakires.

Entonces Dama Rioj se levantó del sillón en que yacía y tocando un botón de luz eléctrica, me mostró la caja de caoba con herrajes de plata. oprimió un resorte de esa caja y cayeron todas las partes móviles del mueble, quedando en plena lucidez una botella de cristal, de un metro de altura, ancha en su base, muy estrecha en el cuello.

—Ahí está mi hija Purna—exclamó con palabras lagrimosas Mahapradjati Rioj.

Vi una grande y luciente redoma en la que chispeaban los reflejos de la lámpara sobre ella colocada, y dentro una gata blanca, linda, peluda, el rabo enroscado sobre el lomo, los ojos abiertos, y dentro de los párpados

unas pupilas cristalinas luminosas. El animalejo estaba echado, las manos un tanto recogidas, las patas a la larga, y bajo el pelo de unas y otras surgían las uñas agudas. Diríase que solo hubiera faltado en aquel momento un llamamiento a la vida para que la gata embotellada, enarcara su rabo; y saltara en un brinco que hubiera roto la prisión vitrea.

Acerqueme a la redoma, me aparté con impulso energético de mi albedrío, de la sugestión que me produjera el relato, y grité ya fuera de mí:

—Señora. Yo respeto a usted mucho. Es usted una extranjera que me ha sido confiada; hasta el momento actual ha sido posible la tolerancia de mis respetos. Ya no me es dable contener mis juicios. Esta botella de cristal, este bicho blanco que dentro de ella se encierra no puede ser en la voluntad y en la gracia de Dios sino una odiosa fábula, y o he de apartarme para siempre de usted y de los suyos o he de quebrar esta redoma y arrojar por la ventana más inmediata el endriago de la superstición que estamos viendo... Su hija Purna existirá o habrá muerto, pero no es posible que se halle encerrada en esa cárcel de cristal.

Y aproximándome al mueble en que la botella estaba, golpeé con mis manos furiosamente, aun a trueque de herirme con los pedazos rotos.

Así lo hice, pero era tan fuerte la redoma que me fué imposible destrozarla.

Dama Rioj acudió estremecida, me sujetó los brazos, me rogó con lágrimas que no siguiera en mi empeño. Y cuando me detuve, al requerimiento de la llorosa india, ella me dijo:

—No. No sé si está ahí mi hija, mi hija Purna, pero si se desvaneciera el disparatado milagro, aún sería más triste mi suerte... ¿Dónde, dónde está Purna?



## VII EL MILAGRO

Entonces... eran las tres de la mañana... los tranvías extraurbanos de Barcelona habían suspendido su circulación... No me había yo dado cuenta de que llevaba tantas horas en el coloquio con la Dama Rioj. El estremecimiento nervioso y mental que en mí había producido el relato, había suprimido para mí la realidad... La vieja india lloraba, la botella de cristal se destacaba pavorosamente ante mi vista, conteniendo el animalejo muerto, disecado o dormido... La hipótesis palpitaba ante mí como noción de fábula... Todo era verdad, todo era falso... El hecho que acabo de ver es un absurdo... El objeto que aprisiono entre mis manos no es sino una ilusión... Aquel árbol que despunta en el horizonte, acaso no tiene ni hojas, ni ramas, ni raíces... Y esa familia de menestrales que vuelve del espectáculo riendo, padre e hijos, madres y abuelas, acabada la fiesta de la Colla, no son sino gérmenes de mi fantasía... No tienen exactitud corpórea ni espiritual... Cerca de mí está la anciana Rioj, con su rostro convulso, con sus ojos lagrimeantes, con su corazón destrozado. Y frente surge sobre un velador de malaquita la botella fantástica que yo he querido destruir y en cuyo seno se encuentra el inmundado cadáver de un gato... Mis protestas airadas, mis golpes justicieros levantan del sillón a la vieja india, y ella me sujeta las manos y me

arrastra con fuerza indomitable fuera del salón en que estábamos. Siento yo en torno mío la vibración de un poder extraño. Cuanto es voluntad y energía entre nosotros los hombres débiles de la decadencia, cede bajo una dominación invencible. Y la mujer de Rioj se me impone, como un gigante a un pigmeo, y me aleja del lugar en que habíamos hablado y me aproxima a la puerta del palacio diciéndome:

—Ya sabía yo que esto acabaría así—y me empuja dulcemente, invitándome a marcharme.

He perdido yo totalmente la noción de lo cierto. Llevo hartos tiempos sufriendo la maravilla. No queda ya en mi alma ni el respeto que debo a una mujer triste. Tomo de la percha el gabán, recojo de una silla inmediata mi sombrero y sin una palabra, sin un saludo, me dispongo a la fuga... Sí. Sería la última vez que yo volvería al Palacio de Sarriá. Locos presentes, locos ausentes, millones y millones de locos, medio mundo lleno de vesánicos, ¿Qué me importan a mí todos vuestros desvaríos? Dejadme en mi rincón de comerciante, en mi humilde rincón de laborioso, en el que no hay padres crueles, en el que no es posible que una doncella hermosa se convierta en gata. Vuelvo a lo que he sido y abandono esta aventura trágica en la que mi razón choca con paredes de calabozo. Quiero vivir libre de invenciones malsanas...



Y pensando o diciendo estas voces, salía yo del palacio de Sarriá cuando ví que a la velocidad máxima llegaba un automóvil. Sus focos inundaban de luz el camino y el resoplar de la máquina estremecía el sereno ambiente. Poco me faltó para ser atropellado. En la otra banda de la carretera estaba mi auto con las luces apagadas; el *chauffeur* dormido... el coche que llegaba se detuvo bruscamente delante de la verja del palacio, y abierto con estrépito la portezuela aparecieron un hombre y una mujer, jóvenes ambos. Subieron rápidamente la escalera de mármol. Yo me detuve al verlos porque sabía que Dama Rioj no recibía visitas, y menos a estas horas. Al verme la mujer que había salido del rápido auto, me detuvo diciéndome:

—¿Es usted el señor Satorres? ¿Es usted el amigo de mi padre?... Síganos. Ha sido una ventura el que nos halláramos aquí. Este es mi marido—añadió señalando al joven que le acompañaba.

Dama Rioj sorprendida de que un auto se detuviera ante su casa, en aquel momento en que iba ella a reanudar sus dolores de la tragedia inverosímil, estaba en el primer tramo de la escalinata.

Unieronse la vieja india y la recién llegada en un paroxismo de amor.

Y el joven que acompañaba a Pur-

na, que no era otro sino el pastor evangélico Liddel Tweed, descubierta la cabeza en que el oro de los cabellos relucía, juntó sus manos en actitud de oración y dijo:

—Este es el milagro. Yo he buscado mi amor en medio de las supersticiones, yo le he librado de su cautiverio, yo he sustituido la fábula por la verdad... El ánfora de vidrio ya no existe, la gata embotellada es una de tantas mentiras, como la vileza de las almas crea.

Y adelantándose hacia Dama Rioj exclamó:

—Somos los esposos que Dios ha unido en su infinita bondad y que vienen a pedirlos, señora, la bendición maternal. Nada ocurre en el mundo que no sea obra de la voluntad de los buenos. Millones de seres adoran lo fantástico. Basta con que uno solo de ellos desconfíe de la comedia para que todo el tablado secular se hunda... Y nada más... Venimos fatigados, acaba de llegar el barco, la travesía ha sido muy ruda, según corresponde a los que quieren salvarse de lo absurdo... Ved, mi madre, mi noble y santa madre, la mujer de Rioj, cómo la hechicera de la gata embotellada concluye en la dulzura de los celestiales amores, los que traen de la alta perfección a la humilde humanidad venturas inmediatas y dichas pretéritas.

## VIII

### CRISTALES ROTOS

Al otro día en el saloncito en que se verificó la larga conferencia mía con Dama Rioj, estaba el suelo lleno de pedazos de cristal. No sé quién rompió la redoma encantada. En cuanto

a la gata blanca que dentro de esa redoma había permanecido tanto tiempo, no hubo noticia en lo futuro. Acaso una mano aleve la había arrojado al barranco inmediato...



Un año después, dos años acaso, caminando yo en el crepúsculo nocturno por la Rambla de las Flores me salió al paso el fakir mendicante Lien Visartch y tendiéndome la mano me dijo:

—*Pobrisia... un ósculo.*

Reconoci en el acto al hombre del gallo negro, del gato blanco y del galápago misterioso. Me aparté de él con ira.

Pero Lien Visartch insistió en la demanda añadiendo:

—Esa es la vida, señor. Verdad, mentira, gatas blancas, mujeres endemoniadas, milagros imprevistos... esa es la vida.

De los labios de aquel desdichado surgió una lección moral definitiva. Pueblos y razas, creencias y religiones, climas y grados geográficos se confunden en una afirmación. Y sobre todos los nacidos domina una fábula... La más inocente, la menos dañosa es esta que os he referido, la de *La Gata Embotellada*.

*José Ortega Munilla.*

En el número próximo se publicarán las novelas de

D. PEDRO A. DE ALARCÓN

LA MUJER ALTA

LA BUENAVENTURA

LA BELLEZA IDEAL



## SUMMIT

Tónico nervioso

Utilísimo a los convalecientes.  
Pedid prospectos.

El SUMMIT combate la Anemia, la Debilidad general, la Neurastenia, la Falta de Apetito, la Perdida de la memoria, la Impotencia, la Parálisis, los Temblores, etc., etc.

Deposítarios: Gayoso, Arenal, 2. Madrid.  
Segalá, Rambla de las Flores, 14. Barcelona.

## SUMMIT

Tónico nervioso

# ALREDEDOR DEL MUNDO

Es la Revista ilustrada que trae más lectura y más variada ilustración. Contiene relatos de viajes, narraciones históricas, curiosidades de ciencias, de arte y de industria, aventuras de caza, costumbres de pueblos raros, novedades de arqueología, numismática, filatelia, historia natural, etc. Es, en suma, una verdadera enciclopedia en forma de periódico.

==== Precio del número: 25 céntimos. ====

**Aceites y grasas  
:- lubricantes :-**

*Insuperable*

*para  
el engrase  
de  
los autos*

# OLEO-MOTOR



*Correas  
de  
transmisión  
y algodones  
para  
máquinas*

**SUCESORES DE E. STEINFELDT**  
Calle del Prado, núm. 15. — Teléfono 984. — MADRID



# SERVICIOS DE LA COMPAÑÍA TRASATLANTICA

## Línea de Cuba-Méjico.

Saliendo de Bilbao, de Santander, de Gijón y de Coruña, para Habana y Veracruz. Salidas de Veracruz y de Habana, para Coruña, Gijón y Santander.

## Línea de Buenos Aires.

Saliendo de Barcelona, de Málaga y de Cádiz, para Santa Cruz de Tenerife, Montevideo y Buenos Aires; emprendiendo el viaje de regreso desde Buenos Aires y Montevideo.

## Línea de New-York, Cuba-Méjico.

Saliendo de Barcelona, de Valencia, de Málaga y de Cádiz, para New York, Habana y Veracruz. Regreso de Veracruz y de Habana con escala en New York.

## Línea de Venezuela-Colombia.

Saliendo de Barcelona, de Valencia, de Málaga y de Cádiz, para Las Palmas, Santa Cruz de Tenerife, Santa Cruz de la Palma, Puerto Rico y Habana. Salidas de Colón para Sabanilla, Curaçao, Puerto Cabello, La Guayra, Puerto Rico, Canarias, Cádiz y Barcelona.

## Línea de Fernando Póo.

Saliendo de Barcelona, de Valencia, de Alicante, de Cádiz, para Las Palmas, Santa Cruz de Tenerife, Santa Cruz de la Palma y puertos de la costa occidental de Africa.

Regreso de Fernando Póo haciendo las escalas de Canarias y de la Península indicadas en el viaje de ida.

## Línea Brasil-Plata.

Saliendo de Bilbao, Santander, Gijón, Coruña y Vigo para Río Janeiro, Montevideo y Buenos Aires; emprendiendo el viaje de regreso desde Buenos Aires para Montevideo, Santos, Río Janeiro, Canarias, Vigo, Coruña, Gijón, Santander y Bilbao.

Además de los indicados servicios, la Compañía Trasatlántica tiene establecidos los especiales de los puertos del Mediterráneo a New York, puertos Cantábrico a New York y la Línea de Barcelona a Filipinas, cuyas salidas no son fijas y se anunciarán oportunamente en cada viaje.

Estos vapores admiten carga en las condiciones más favorables y pasajeros, a quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Todos los vapores tienen Telegrafía sin hilos.

También se admite carga y se expiden pasajes para todos los puertos del mundo, servidos por líneas regulares.

LAS FECHAS DE SALIDA SE ANUNCIARAN CON LA DEBIDA OPORTUNIDAD